

El Quijote y la Dermatología

Don Quixote and Dermatology

“El truco cervantino consiste en que Don Quijote no es el que muere en Alonso Quijano, sino éste, a menos que traslademos el hecho real de la muerte a la muerte de una metáfora”

Fernando Rielo (Teoría del Quijote, 158)

El Quijote, obra maestra de la literatura española debida a Miguel de Cervantes Saavedra, consta de dos partes, aparecidas, respectivamente, en 1605 y 1615. Dicha novela constituye un tratado científico que habla de medicina, astronomía, matemáticas, psicología, entre otras disciplinas. El cervantismo es, a mi modo de pensar, un idioma, una lengua, una forma de vivir y de sentir, expresión muchas veces de la propia patología del autor, que muere en 1616, muy probablemente de una cirrosis hepática asociada a una diabetes tipo II. Curiosidad importante es que ninguno de sus biógrafos haga mención a una abusiva ingesta alcohólica por parte de Cervantes, faceta por lo tanto no confirmada en el autor. Es extraordinaria la intuición de Cervantes, así como es notable su sentido de la observación y sus conocimientos médicos, muy superiores a muchos de su época, que quedan demostrados en la abundancia de observaciones y descripciones propias de un médico que aparecen a lo largo de su obra. Su afición a la lectura de textos de Hipócrates, Galeno y Dioscórides queda, asimismo, reflejada en dicha obra. Esta información sirvió a los forenses actuales para conocer los padecimientos del hidalgo, así como la salud de otros personajes claves de la novela.

El Quijote es una gran novela que fue más allá de las intenciones iniciales de Cervantes, creando un personaje medieval en pleno Renacimiento, que prevalece e induce durante siglos una moral, un estilo de vida, de salud y de comportamiento. Muchas generaciones se vieron atraídas por el quijotismo durante siglos. Biológicamente e incluso socialmente los personajes de Cervantes están muy cerca de la realidad actual. Era una época de transición donde se concibe el mundo en constante movimiento y cambio. Esto lleva consigo una sensación de inestabilidad, de ambigüedad, de contradicción. Ejemplo de esto es la paradoja loco-cuerdo del personaje central de la novela. Es importante destacar que la obra cuenta con el espectador como elemento vivo de la composición. Nuestro propósito es borrar los límites que existen entre la ficción y la realidad, para comprender a través de distintas ediciones comentadas que existen de la obra cervantina la patología dermatológica, así como el nuevo rol que la voz femenina desempeña en la misma.

Con gran desparpajo Cervantes hace frecuentes referencias en la novela a los trastornos de la alimentación, salud mental, traumatismos, heridas, dolor, higiene bucal y a una larga lista de síntomas y enfermedades diversas[1]. Según Reverte y col., muchos pasajes del libro son real transcripción de la vida del propio Cervantes, que diluyó en los personajes sus propios problemas de salud[2]. Hay autores que lo consideran un precursor de la Psiquiatría, al describir clínicamente varias enfermedades mentales. Durante el siglo XX el diagnóstico más usual para describir al ingenioso hidalgo era el de la “paranoia”, para, posteriormente, ser encuadrado en los “trastornos por ideas delirantes persistentes”. Por otra parte, hay autores que han visto en el personaje de Sancho Panza un caso de trastorno psicótico compartido, conocido más comúnmente como “folie a deux”[3,4]. Freud, psiquiatra dotado de una gran capacidad persuasiva, animaba a sus coetáneos a aprender la lengua castellana para leer El Quijote en su lengua original. La histeria queda perfectamente reflejada en El licenciado vidriera, novela publicada por Cervantes antes de la primera parte de El Quijote[5]. En el capítulo treinta y cinco de la segunda parte, donde se narra el episodio de lucha con los cueros de vino, está muy bien descrito lo que los neurólogos llaman trastornos del sueño REM. Adviértase, curiosamente, que no concuerda el título del capítulo con la narración del mismo, ya que el título de la lucha con los cueros de vino aparece en el capítulo siguiente. Esta, como otras que se observan en la obra cervantina, es, en opinión de Rico y col., una anomalía narrativa atribuible a una insuficiente revisión del original por parte del autor[1,6,7]. La angustia queda perfectamente reflejada en el personaje de Maritornes[2].

Alusiones al amor, la menstruación, el embarazo, el parto, el puerperio, la menopausia y sus problemas aparecen frecuentemente en la obra. Habla Cervantes en su novela de la menstruación, una de ellas cuando dice Don Quijote: ¿Qué mal sentís señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle (I, 36, 465). Respecto al parto, es frecuentemente mencionado en El Quijote, lo mismo que el hecho de morir de parto, cosa que debía ser muy frecuente en aquella época. La palabra "parió" está dispersa por El Quijote con diversas acepciones, sobre todo cuando se refiere a Dulcinea "y que está hoy como la madre que la parió" (I, 36, 318)[1]. Pedro el cabrero nos cuenta como de parto murió la madre de Marcela, al ser ésta "una hija de cuyo parto murió su madre"(I, 12, 143)[1]. De Doña Rodríguez nos cuenta que "tuvo un parto derecho y en sazón" (II, 48, 112)[1].

En relación con la psicología del amor en la mujer, Don Quijote opina que es "condición natural en ellas desdeñar a quien las quiere y amar a quien las aborrece" (II, 20, 233)[1].

El Ama y Doña Rodríguez son los dos tipos característicos de mujeres menopáusicas. La primera se muestra como una persona irritable e irascible. En la segunda existe una exaltación notable de la libido[2].

La obra de Cervantes está plagada de personajes donde la mayoría son mujeres. La mujer ideal, la mujer que defiende su libertad, la mujer hogareña, compasiva, equitativa, engañada, decidida, burlona. Prácticamente todas las facetas de las mujeres modernas están trazadas en las páginas del ingenioso hidalgo[8]. La importancia que tiene el rol femenino no es cosa nueva. Cervantes hace 400 años ya escribía acerca de nosotras[9].

La mujer en El Quijote se muestra como un individuo con voz propia, con pensamiento, ideas y sueños. Son mujeres independientes, fuertes, que escogen como serán sus vidas. En este sentido, la obra de Cervantes representa el nuevo tipo de mujer del Siglo de Oro. Se diferencia del papel de la mujer en algunas obras anteriores como en el Cantar del mio Cid, en el que las mujeres son sumisas, débiles y obedientes[4]. Cervantes les enseña a los lectores a mujeres reales con buenas características y con imperfecciones, al contrario de los libros de caballerías, donde la mujer es irreal y fantástica, como una ilusión perfecta sin individualidad. Es interesante destacar que la mujer más importante en la novela no existe. Con la invención de Dulcinea está parodiando al ejemplar de mujer en los libros de caballerías.

Cervantes hace la observación de que a Don Quijote se le hacían los dedos huéspedes y las ramerías, damas. Así se llamaban "mujeres de partido" y "puestas de partido" a las mujeres que ejercían la prostitución. Don Quijote parodia aún más el amor en los libros de caballerías porque no utiliza ningún criterio en su servicio a las mujeres. No le importa a qué clase de mujer sirve; el caballero, según el hidalgo, debe servir a todas las mujeres. Don Quijote no escoge una dama de su mismo linaje, sino a una campesina, que carece de toda atracción femenina según los cánones de la época. Irónicamente, Cervantes llama, a la hija de la ventera y a la moza asturiana, semidoncellas. En esto se adelantó tres siglos, como observó Rodríguez Marín, a Marcel Prévost, autor de la novela titulada Les Demi-Vierges[2].

Pero también está presente la mujer que defiende sus derechos y la libertad de elegir. Marcela es una hermosa pastora de la que todos se enamoran, pero que prefiere la soledad de montes y prados. Ella tiene una importancia decisiva en nuestros días, porque su discurso en líneas generales recoge nuestras principales reivindicaciones.

Y por supuesto, también está la mujer de Sancho. Trabajar y tratar de ser madre y esposa a la vez son parte de su destino, a la vez que asesora mujeres de escasos recursos en programas de habilitación laboral. Éstas, en ocasiones, han sido agraviadas y engañadas, como lo fue Dorotea, que disfrazada se va al campo en busca de reparación. Una mujer decidida, resuelta, con voluntad propia, que asume las consecuencias que le depara el destino, como somos las mujeres del siglo XXI.

El exhibicionismo y el travestismo están presentes también en la obra cervantina. Así el caballero andante presenta ciertos conatos de exhibicionismo, lo mismo que los moriscos con los que Sancho sale de la Ínsula. Hay numerosos pasajes

en que los personajes cambian de vestimenta, como para hacer mayor contraste del cambio aparente de sexo al cambiar de indumentaria[2].

Una patología común dentro del campo de la Dermatología son los nevos, vulgarmente conocidos como lunares, que son mencionados en varias ocasiones en *El Quijote*. Refiriéndose a Dulcinea “y si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes”. Lo que explica que Cervantes reconocía que, aunque para la época un lunar aislado era un signo de belleza, estos no dejaban de ser considerados como una malformación no hereditaria, probablemente secundaria a una alteración del desarrollo embrionario (II, 10, 774)[1].

Los catarrros y/o afecciones pulmonares descritos en la obra debieron ser, en buena parte, tuberculosis, enfermedad epidémica por aquella época.

La lepra está muy bien reflejada en las palabras de Sancho cuando habla de “gafo”, que quiere decir de dedos contraídos constantemente, o mano en forma de garra. Ambas características son típicas de la afectación nerviosa de la enfermedad hanseniana[2]. Lo mismo sucede con la viruela “por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo que se le saltó de viruelas, y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes” (II, 47, 1104)[1]. Así, la viruela, si no producía la muerte, dejaba lesiones cicatriciales perfectamente recogidas en la obra.

Las verrugas también son mencionadas en la obra como signo de fealdad y fuente de contagio: “Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas”, en referencia a la nariz del escudero del Bosque (II, 14, 807)[1].

Las Infecciones sexualmente transmisibles como la sífilis, infección transmisible sexualmente por excelencia, la llama el mal francés o morbo gálico, una de tantas denominaciones que esta enfermedad tuvo por aquella época. La sarna se recoge igualmente y se compara su curación con la edad de 127 años, a los que murió Sara o Sarra, la mujer de Abraham, y de ahí la frase “más vale sarna que Sarra” (I, 12, 143)[1].

La tiña queda reflejada en el amo llamado Uchalí Fartax, que quiere decir en lengua turquesca “renegado tiñoso”, enfermedad que éste sufría, pues era frecuente entre los turcos ponerse nombres de algún defecto físico, a parte de los cuatro apellidos de linaje que descienden de la casa otomana (I, 40, 505)[1].

La pediculosis de cuero cabelludo y/o dermatitis seborreica: “¡Oh! ¡Quién se viera en tus brazos o si no, junto a tu cama, rascándote la cabeza y matándote la caspa! (II, 44, 168)[1]. Otras citas son acerca de las pediculosis, probablemente de la pediculosis pubis: “y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso” (I, 13, 49)[1].

Calenturas y pestilencias son términos utilizadas en la obra como referencia a probables enfermedades infecciosas que cursaron de forma epidémica en aquella época: “por ella entrara la pestilencia” (I, 12, 145)[1]. Cuando Don Quijote se encuentra con unos monjes que llevan un cadáver de Baeza a Segovia, al preguntar el hidalgo “¿Quién lo mató?”, le contestan: “Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron” (I, 19, 83*)[1]. Los abscesos purulentos y los métodos de drenaje son alusiones frecuentes en la obra cervantina: “en muy peor estado que antes, que no todas las postemas aun mismo tiempo están dispuestas para admitir las recetas o cauterios”(Aprobación Pág. 669)[1].

A la malaria o paludismo, aunque no encontramos referencias a que de esta enfermedad fuera víctima algún personaje de la obra, se hace mención con la expresión “frío de cuartana”, referido a la fiebre tan alta con la que cursaban estas enfermedades (I, 19, 219)[1].

En el capítulo doce de la segunda parte se habla de hiperqueratosis plantar, úlceras, hematomas, necrosis e infección. Síntomas aislados como calentura, canicie, cefalea, deposiciones, diarreas, eructo, vómito de sangre y la halitosis de Altisidora se encuentran frecuentemente a lo largo de la obra cervantina (II, 48, 115)[1].

La medicina preventiva está reflejada en la obra en la figura del médico Pedro Recio de Agüero, que obtuvo el grado de doctor por la universidad de Osuna (cita burlesca puesto que ahí no hubo facultad de Medicina): “Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores, y miro de su salud” (II, 47, 1097)[1].

Lo mismo sucede con las medicinas que alaba el galeno, tal y como es la tendencia actual, refiriéndose a las medicinas simples y no las compuestas: “son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí” (II, 47, 1099)[1]. También nos da lecciones prácticas de cosmética cuando habla de las mudas o mascarillas de belleza que sirven para quitar las manchas solares: “y no sé que botecillo de mudas para la cara” (I, 20, 233-234)[1].

La muerte no es ajena tampoco al argumento de la novela. Sin embargo, en el caso de Don Quijote parece más real que el personaje mismo, logrando con ello que el personaje se revista de una convincente y nueva capa de realismo. Lo mismo que en el episodio de la cueva de Montesinos, su muerte lo convierte, aún más, en un personaje extraordinariamente humanizado y, en opinión de algunos autores, en inmortal[10].

La finalidad de nuestro trabajo es contribuir a la celebración del IV centenario de la obra cervantina y, como homenaje a su universalidad, destacar la visión progresista de género que el autor refleja a lo largo de la obra cuando se refiere a la situación social y cultural de la mujer, además de la aportación que ésta hace a la Historia de la Medicina y en particular a la Historia de la Dermatología y la Venereología.

M^a del Carmen Rodríguez-Cerdeira

Servicio de Dermatología.
Hospital do Meixoeiro. Complejo Hospitalario Universitario de Vigo. España.

Correspondencia:

M^a del Carmen Rodríguez-Cerdeira
Servicio de Dermatología.
Hospital do Meixoeiro. Complejo Hospitalario Universitario de Vigo. España.
Tel.: (+34) 986 811 111/ (+34) 600 536 114
Fax: (+34) 986 276 416
e-mail: carmen.rodriguez.cerdeira@sergas.es

Bibliografía

1. Cervantes Saavedra M. Don Quijote de la Mancha, edición del Instituto Cervantes 1605-2005. Galaxia Gutenberg, Madrid 2005.
2. Reverte Coma JM. La antropología médica y el Quijote. Rueda. Madrid, 2^a ed, 1980.
3. Sánchez-Granjel L. Los médicos ante el Quijote. Medicina e Historia 1976;53:8-23.
4. Corral Márquez R, Tabarés Seisdedos R. Aproximación psicopatológica a El Quijote (según la nosología psiquiátrica actual)”. Rev Asoc Esp Neuropsiq 2003;22:27-57.
5. Bailón Blancas, JM. Cervantes y la psiquiatría. La histeria en el licenciado Vidriera. Necodisne Editorial, Madrid, 2000.
6. Iranzo A, Santamaría J, de Riquer M. Sleep and sleep disorders in Don Quixote. Sleep Med. 2004;5:97-100.
7. Schenck CH, Bundlie SR, Ettinger MG. Chronic behavioral disorders of human REM sleep: A new category of parasomnia. Sleep. 1986;9:293-308.
8. Márquez H. La representación de los personajes femeninos en el Quijote. Madrid, Ediciones José Porrúa, 1990.
9. Rubio F. El quijote en/clave de mujer/es. Consejería de Empleo y Mujer. Universidad de Madrid. Madrid, 2005.
10. Correa Mújica M. Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid. Madrid, 1999.